

reencuentro no se produce en el plazo acordado, no existen aún redes sociales, ni *smartphones* que permitan seguir el rastro. Sin embargo, las dos entregas que siguen a *Before Sunrise* obran el milagro. Jesse y Céline se reencuentran en París en 2004, conversan, caminan y, como confirma la última entrega de la trilogía, *Before Midnight* (2013), se convierten en pareja y tienen hijos juntos. Afirmábamos anteriormente que no destripamos del todo la trama al anticipar lo que ocurre en las secuelas, porque la película se sostiene sobre el eje de las palabras y reflexiones que intercambian sus protagonistas mientras pasean.

El cineasta norteamericano Richard Linklater, como muy bien ha estudiado Rob Stone (2015; 2018), muestra una preocupación por la noción del tiempo deudora de los planteamientos del filósofo francés Henri Bergson. De este modo, buena parte de la cinematografía del director tejano hunde sus raíces en el presente puro y focaliza toda la acción dramática en la *durée* bergsoniana. En línea con los planteamientos del filósofo francés, los protagonistas de la trilogía “are both departing and arriving: even at the point of separation in Vienna, Jesse and Céline are already on their way to meet again in Paris nine years later” (Stone, 2015: 69). El presente es siempre umbral y Jesse y Céline deambulan perennemente por un espacio del que parten y al que arriban incesantemente: “a moment identified as ‘the present’ has no beginning or end, because it does not exist separately from the infinite number of moments before and after it” (Stone, 2010: 239). Todo lo que nos cuenta Linklater en las tres entregas es lo que acontece *antes de* un momento de transición: el amanecer de la relación, la posterior maduración crepuscular y el fatigado anochecer. También el experimento de Rob Stone ocurre *antes* del fin del romance y prolonga el instante, que flota ante nuestros ojos como si de un colgante de ámbar se tratara. Nos reafirmamos, pues, en que la trilogía de Linklater es inmune al *spoiler*, ya que lo que acontece a sus protagonistas siempre está en ciernes de zarpar hacia un nuevo horizonte. Muy probablemente el norte de Jesse y Céline sea el de mantener siempre viva la llama de esa conversación infinita que nunca han dejado de cultivar.

Cabe enfatizar, en este sentido, la naturaleza dialógica de esta trilogía. Como apunta Stone en su estudio sobre Linklater: “the dialogic work is that which seeks correspondence with other multiple works and a revisionist approach to what has gone before” (Stone, 2018: 107). El eminente carácter dialógico de la trilogía entronca, al mismo tiempo, con la *durée* bergsoniana; así, cuando Bajtín afirma que “toda la literatura está envuelta en el proceso de formación” (Bajtín, 1975: 451), podemos apreciar una concepción del tiempo afín al planteamiento de Bergson, esto es, un presente que se encuentra en un permanente punto de fuga. La trilogía de Linklater gravita en torno al diálogo de sus protagonistas como foco dramático primordial y son pocos los momentos en los que estos guardan silencio. Incluso en esas secuencias —que incluyen las de *Before the End*— la comunicación no cesa y los silencios son elocuentes. Enraizados en el presente dilatado, Jesse y Céline encuentran la dimensión más trascendental de sus existencias en ese intento por conectar que brota de su charla incesante. De entre las muchas reflexiones vitales intercambiadas entre Jesse y Céline, la que quizás resuma con mayor acierto su filosofía